



Alexander Dugin

El Estado se comporta como si tuviera el monopolio de la verdad. Además, de cualquier verdad, aunque él mismo lo niegue de todas las formas posibles (en este caso, este monopolio se ha transferido a alguna estructura supranacional). En la Edad Media, esto fue reconocido abiertamente y designado con un término especial, *auctoritas*, que implicaba tanto una autoridad indiscutible en el campo del conocimiento como la presencia de un potencial de poder suficiente para apoyar esta autoridad.

Ahora aplicaremos el mismo principio, absolutamente cierto de hecho, que puede ser reconocido y se encuentra oculto en nuestro propio Estado. Aquí todo se vuelve incómodo. Si la clase dominante rusa tiene el monopolio de la verdad y se comporta como si lo tuviera, entonces al menos debería manifestarse en algo. Es decir, esto es bastante posible para la élite gobernante, y, además, es necesario plantearse persistentemente la pregunta: ¿cuál es (en su opinión) la verdad?

Todo comienza aquí...

De alguna manera, inmediatamente se hará evidente que las autoridades están ocultando algo. Y el siguiente paso será: dejar claro que la autoridad nunca pensó en esto y no hizo el menor esfuerzo por buscar la verdad (sobre la cual tiene un monopolio incondicional que surge de la propia naturaleza del poder).

Y aquí llegamos a una explicación de toda una serie de momentos difíciles en la Rusia contemporánea. Rusia tiene una cierta cantidad de soberanía que Putin recuperó después de los años 90 o que fue refundada. Pero esta soberanía tiene un carácter técnico, de recursos y

material. En el nivel de la verdad (epistemología, ideas, estructuras normativas del pensamiento) hay un enorme agujero. Es bastante obvio que la Rusia contemporánea no tiene soberanía intelectual, ningún Logos soberano inteligible.

Y si es así que cada vez que es necesario tomar una decisión fundamental (y no práctica o técnica), por esta razón siempre se recurre a algo externo, a la autoridad que pretende poseer la verdad a escala global. De ahí la sensación que surge a menudo de que las instituciones de administración externa han permanecido intactas en Rusia desde los años 90, y que el país todavía está gobernado en parte por otras instancias distintas a las estructuras de poder reales.

Nuestro gobierno tiene el monopolio de lo que no sabe. Y cuando se trata de la verdad, se dirige a los que insisten en que conocen esta verdad, a los liberales y globalistas. Y aunque esto no sucede muy a menudo (debido a que nadie está especialmente interesado en la verdad en nuestro país), en ciertos casos críticos, esto es exactamente lo que sucede.

Traducción de Juan Gabriel Caro Rivera